



CARLO CONFALONIERI

HOMILIA EN EL FUNERAL SOLEMNE POR JUAN PABLO I

El día 4 de octubre de 1978, en las exequias del Papa Juan Pablo I, celebradas en la Plaza de San Pedro de Roma, el Decano del Sacro Colegio Cardenalicio pronunció la siguiente homilía:

¡Venerados Hermanos en Cristo Jesús!

Nadie podía imaginar que menos de dos meses después de las exequias celebradas en esta plaza de San Pedro tras la repentina desaparición del Papa Pablo VI, nos habríamos de encontrar de nuevo aquí para dar el último adiós a su sucesor, el Santo Padre Juan Pablo I, fallecido de improviso tras sólo treinta y tres días de pontificado.

Nos preguntamos: ¿por qué tan pronto? El Apóstol nos previene con la conocida exclamación, llena de admiración y de adoración: «¡Qué inescrutables son tus juicios y qué desconocidos tus caminos!... ¿Quién ha podido conocer jamás los pensamientos del Señor?» (Rom 11,33). Se vuelve a presentar así, con toda su inmensa y casi aplastante magnitud, el misterio insondable de la vida y de la muerte.

Al nuevo Papa, apenas hemos tenido tiempo de verlo. Pero un mes ha sido suficiente para que conquistase los corazones, y para que nosotros le amáramos intensamente. No es, por tanto, la duración lo que da relieve a una vida o a un pontificado, sino el espíritu que los informa. Pasó



como una estrella que brilla de repente en el cielo y desaparece, dejándonos sorprendidos y atónitos. Ya la Sabiduría había previsto que el hombre justo, llegado en breve tiempo a la perfección, recorre una larga carrera: «*consummatus in brevi, explevit tempora multa*» (Sap 4,13). Aquí volvemos, por lo tanto, a encontrar que la oración exequial que recitaremos dentro de poco tiene una correspondencia consoladora con la realidad: «Concede, Señor, que te alabe sin fin en el cielo el que te ha servido en la tierra con su constante profesión de fe».

En el Papa Juan Pablo hemos saludado y venerado al Vicario de Cristo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. Pero el breve contacto que hemos tenido con él ha sido suficiente para que nos viéramos alcanzados y cautivados por el encanto de su bondad instintiva, de su innata humildad, de su gran sencillez en obras y en palabras. Sus mismas alocuciones papales —las pocas que pudo pronunciar— reflejaban esa manera de ser tan característica, empezando por el discurso que pronunció en la Capilla Sixtina al día siguiente de la elección (para él tan sorprendente y tan sufrida), cuando dejó entrever las grandes líneas de lo que hubiera sido el programa de su pontificado: la genuinidad e integridad de la fe, el perfeccionamiento de la vida cristiana, el amor a la gran disciplina en la actividad multiforme en pro del incremento del Reino de Dios, y la prosperidad espiritual y temporal de la humanidad entera. ¿Cómo no recordar la homilía que leyó en la toma de posesión de la catedral de Roma, San Juan de Letrán, cuando con un respeto absoluto a las normas supo tan claramente explicar y aplicar los conceptos básicos contenidos en las lecturas litúrgicas a las perspectivas y expectativas de la Iglesia Romana, al esfuerzo para la promoción espiritual de los fieles, y a los deberes prioritarios de su misión pontifical?

Lo que en su modo afectuoso de entregarse sobrepasa todavía más es su manera de enseñar, ese saber traducir con facilidad y oportunidad la elevada doctrina teológica en el lenguaje más accesible de la catequesis, camino insustituible de formación cristiana, tan necesaria (como lo confirma diariamente la experiencia pastoral) para conservar en el Pueblo santo de Dios el sentido de lo divino



en su diario avanzar hacia la segura meta de la felicidad eterna. Fue un maestro perfecto. Lo atestiguan su servicio pastoral en Belluno, en Vittorio Veneto y en Venecia. Y pocas semanas de ministerio papal bastaron para manifestarle como tal al mundo, que se paró desde cerca y desde lejos a la escucha de su paternal enseñanza. Todos comprendían que hablaba para llegar a sus almas, o incluso cuando con estimulante humildad y profundísima intuición psicológica se dirigía directamente a los niños, para que ayudaran (así decía con gracia) al Papa, todos se daban cuenta de que hablaba a los pequeños para que le entendieran los mayores. Aquella evidente delicadeza aumentaba en los oyentes la confiada atención de la mente y la provechosa adhesión de la voluntad.

¿Era la indigencia de lo espiritual, más acuciante ahora en medio del descuido generalizado de los valores morales, lo que empujaba a las multitudes hacia el Papa? ¿Cómo explicar, de lo contrario, las concurridísimas audiencias de los miércoles en las cuales participaban visitantes de todas las partes del mundo; cómo explicar las muchedumbres que llenaban literalmente la plaza de San Pedro al mediodía del domingo para el ya acostumbrado saludo familiar y el rezo en común del Angelus? ¿Quién no se ha conmovido, con profunda conmoción, al ver en estos últimos días las interminables y espectaculares filas de fieles de Roma y del mundo que avanzaban despacio, recorriendo el entero pórtico de Bernini, bajo el sol abrasador o la lluvia a cántaros, con tal de poder entrar, después de dos o tres horas de paciente y heroica espera, en la Sala Clementina y en la Basílica Vaticana para ver por última vez al Papa de la bondad y de la sonrisa?

Sí. Porque frente a un mundo sumido en el odio y en la violencia el Papa Juan Pablo ha sido, él mismo, personalmente, mensaje de bondad. Ha invocado la paz, ha rogado por la paz, sintió sed de justicia para todos: para los oprimidos, los enfermos, los pobres, los necesitados de todo nivel social; exhaltó el trabajo; predicó la caridad. Y siempre con la sonrisa en los labios. Aquella sonrisa que nunca le abandonó, ni siquiera en el último instante de su vida. Así le vimos, en efecto, también en las primeras horas del viernes pasado, en su lecho de muerte, con la



cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, los labios entreabiertos como para repetir su indefectible sonrisa. ¡Así entró en la paz del Señor!

¡Venerables hermanos, autoridades, clero, religiosos, pueblo todo! Acabamos de escuchar aquella página del Evangelio que narra la triple pregunta de Jesús y la triple respuesta del primer Apóstol: «Pedro, ¿me amas?», «Señor, tú sabes que te amo» (Ioh 21,15-17). También el pontificado de Juan Pablo fue un diálogo de amor entre padre e hijos, sin pausas, sin decaimientos. En los miércoles pasados, inspirándose en Juan XIII, el Papa Juan Pablo I había hablado de la fe y de la esperanza. La última semana habló de la caridad: las tres virtudes teológicas que nos unen directamente con Dios. Dijo que el hombre debe progresar, progresar siempre en todo lo bueno, hasta la perfección, porque esta es la ley del progreso que preside la vida. Y en primer lugar debe crecer en el amor de Dios y en el amor al prójimo. Este es su testamento. Es el testamento del divino Maestro, Cristo Jesús. Amén.